EL PELIGRO DEL LAICISMO Y LOS DEBERES DE LOS CATÓLICOS

CARTA PASTORAL

Victoriano Guisasola y Méndez

CARDENAL ARZOBISPO DE TOLEDO

EL PELIGRO DEL LAICISMO

Y

LOS DEBERES DE LOS CATÓLICOS

CARTA PASTORAL

DEL EMMO. Y RVMO. SEÑOR

CARDENAL ARZOBISPO DE TOLEDO

PRIMADO DE LAS ESPAÑAS

AL

CLERO Y FIELES

MADRID

TIP. DE LA "REV. DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS"

Olózaga, 1.—Teléfono 3.185.

1915

SUMARIOS

INTRODUCCIÓN

El momento presente.—Encargo del Papa.—Nuestra adhesión.

I. Simbolismo de la ciudad de Toledo.—Dos grandes amores.—Tendencias funestas del laicismo contra el espíritu cristiano.—Objeto de la presente Carta.

II. Origen del laicismo.—El laicismo en los individuos y en el Estado.—Una tesis laicista contra la doctrina verdadera.—Jesucristo identifica la Religión con una Iglesia perpetua.—La Religión es doctrina y es vida: necesaria conveniencia de una Iglesia.—La Religión sin la Iglesia muere: el protestantismo y el cisma de Rusia: deducción práctica.

III. El disfraz del laicismo: dolorosos ejemplos de intolerancia laicista. Falsos principios de tolerancia laica.—Cómo el laicismo niega la solidaridad entre el pasado y el presente.—Lo que será el laicismo en España: el Estado laico y la voluntad nacional.—Derechos y deberes del

Estado sobre tolerancia: bienes sociales y políticos que nacen de la unidad religiosa.—El pueblo español ¿despertará?

IV. La supremacía civil del Estado degenera en tiranía.—La primera víctima: avances solapados.—El deber de resistir.—La más eficaz resistencia.—Absurda separación entre el hombre público y el privado.—La familia perece á manos del laicismo.—Jesucristo la salva.

V. Por qué la nación no resiste eficazmente al laicismo.—Universalidad del deber de intervenir en la cosa pública: dos escollos: la mayor dificultad y la esperanza de superarla.

VI. La justicia y el amor, fin primero de la Acción social católica.—Orientación doctrinal y práctica de nuestra nación.—Necesidad urgente de la organización corporativa.—Acción obrera y patronal en la sindicación.—Subordinación de la acción social á la autoridad de la Iglesia.—Eficacia de las obras de cultura.—Coordinación y federación de obras.—Necesidad de la acción política y de la social.—Nuestra misión de paz.—Resumen.—De la virtud de la obediencia y de la concordia de los ánimos.

✠

VICTORIANO, POR LA DIVINA MISERICORDIA, DE LA SANTA IGLESIA ROMANA PRESBÍTERO CARDENAL GUISASOLA Y MENÉNDEZ, DEL TÍTULO DE LOS CUATRO SANTOS CORONADOS, ARZOBISPO DE TOLEDO, PRIMADO DE LAS ESPAÑAS, PATRIARCA DE LAS INDIAS OCCIDENTALES, CAPELLÁN MAYOR DE S. M., VICARIO GENERAL DE LOS EJÉRCITOS DE MAR Y TIERRA, GRAN CANCILLER DE CASTILLA, CABALLERO GRAN CRUZ DE ISABEL LA CATÓLICA Y DE LA DEL MÉRITO MILITAR CON DISTINTIVO BLANCO, ACADÉMICO DE NÚMERO DE LA REAL DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS Y CORRESPONDIENTE DE LA DE LA HISTORIA, SENADOR DEL REINO, ETC., ETC.

AL CLERO Y FIELES

Salud, justicia y paz en Nuestro Señor Jesucristo.

EL MOMENTO PRESENTE.—ENCARGO DEL PAPA.—NUESTRA ADHESIÓN.

La fiera desolación que arrasa á Europa, tan temida como inevitable, ha producido un marasmo inmenso. Ante el fragor del horrísono combate, todo calla; diríase que también las inteligencias fían los destinos

del espíritu á la suerte de las armas. Y, sin embargo, es lo cierto que, cualquiera que sea el resultado de la lucha, las ideas reclamarán de nuevo la primacía, y aquéllas asumirán la dirección de los pueblos que brillen con más poderosa luz y que más hayan ensanchado el campo de sus conquistas. En los países que sufren la guerra, ésta exige toda la actividad de todos; los que por la misericordia de Dios gozan una relativa paz, deben sacudir el estupor que la gran catástrofe ha producido y aplicarse con tesón al trabajo.

En estas circunstancias, hemos recibido una carta del Emmo. Sr. Secretario de Estado de Su Santidad el Papa Benedicto XV, cardenal Gasparri, cuyas son las siguientes líneas: *El Pontífice reinante se ha dignado benignamente confirmarle el encargo dado á su antecesor, de venerada memoria, eminentísimo cardenal Aguirre, acerca de la dirección de la acción social católica en España, y conferirle la misma facultad de que aquél estaba investido. Su Santidad ha expresado, además, el deseo de que sobre todo señale á Vuestra Eminencia lo que el difunto Pontífice no cesaba de inculcar y recomendar por todas maneras al Episcopado español, y especialmente al citado Cardenal Primado—como, por ejemplo, en la Carta pontificia de 16 de Octubre de 1909—, esto es: ser indispensable para el benéfico desenvolvimiento de la acción católica, no sólo que reine una perfecta unión*

de pensamientos, de sentimientos y de obras en cuantos á ella concurran, sino, además, que tal unión se inspire constante y fielmente en las normas muchas veces dictadas por la Santa Sede sobre este importante punto (1).

Al recibir misión tan gloriosa como difícil, sean nuestras primeras palabras un humilde saludo, en el que vaya envuelto toda la ternura y todo el obsequio filial de nuestro corazón al Padre común de los fieles, al Supremo Jerarca de la Iglesia católica, de quien deriva toda luz de enseñanza y toda potestad en el gobierno y dirección de las almas. Plugo á la Sede Apostólica fijar sus soberanos ojos en nuestra pequeñez, primero para elevarnos á esta silla de Toledo, Primada de España, y después para confirmarnos en el encargo especial confiado á nuestro venerable antecesor el llorado Cardenal eminentísimo señor Aguirre, espejo de toda santidad y sabiduría. Y si podíamos declinar tanto honor, no podíamos, no, rehusar la abrumadora carga que sobre nuestros débiles hombros se imponía, sintiéndonos fortalecidos con la esperanza de allegar grandes energías en la resolución inquebrantable de permanecer con la gracia de Dios siempre íntimamente unidos en espíritu y de cora-

---

(1) Carta del Emmo. Sr. Cardenal Secretario de Estado, 17 de Octubre de 1914.

zón, con alma y vida, á la Cátedra de San Pedro, lealmente dóciles á las enseñanzas, instrucciones, mandatos y deseos del Papa. El, como Jesús, tiene palabras de vida eterna. ¡Dichosos los que las oyen y las siguen!

I

Simbolismo de la ciudad de Toledo. Dos grandes amores.

A solas con nuestros pensamientos, y bajo la influencia de tan pesada carga, cuando tratábamos de coordinar aquellas ideas madres que han de dirigir la acción social de los católicos españoles, unificar sus pensamientos y sus voluntades y sus obras, y todo esto según las normas pontificias, Toledo, la imperial ciudad, se levantaba ante nuestra vista y se imponía á nuestro espíritu; sus monumentos adquirían formas de vida y nos decían al oído palabras sublimes que la pluma no sabe repetir. Toledo se aparecía como una realidad y como un símbolo. No como un museo, sino más bien como una ciudad histórica que logra perpetuar los caracteres distintivos de su vida á manera de un templo, donde los muros, los frisos, las columnas, evocan instituciones y costumbres, leyendas y tradiciones, figuras excelsas de Santos y de sabios, que dilatan el pecho y prestan alas á la

inteligencia; templo que tiene admiradores y creyentes, soldados de la lealtad y la hidalguía, defensores de la Religión y de la Patria, que tal vez están velando sepulcros de Cides y Pelayos, pero con la esperanza de verles resurgir para alistarse en sus banderas y restaurar las glorias nacionales. No es Toledo un archivo monumental que cubre el polvo de los siglos; tienen vida las piedras de sus murallas y las efigies de sus monumentos.

¡Ah, si los hijos de España estuvieran tan fuertemente unidos como las piedras de sus templos! Las fabricó el corazón de España y las unió con el sentimiento de dos amores, que son más fuertes que el tiempo y que la muerte: el amor de la Religión y el amor de la Patria. Contra los que hoy pretenden extinguirlos, que á eso equivale el separarlos, Toledo, con su augusta majestad, es el resumen de una civilización cristiana, que, en el orden social y moral, ninguna otra superó; es á manera de palabra divina que avisa y reprende y condena.

Tendencias funestas del laicismo contra el espíritu cristiano.

La desviación que sufre el patriotismo, la contradicción de que es objeto la Iglesia católica, las luchas intestinas que dividen y enconan á sus hijos, exigen imperiosamente una exposición de sus causas y un

pronto remedio. Al declinar de nuestra vida, testigo de discusiones estériles, cuando no dañosas, para el bien común, vemos que éstas se repiten, agostando el fruto de toda iniciativa en sus comienzos y matando hasta el germen y la esperanza de toda paz, que nace de la justicia, la caridad y el amor mutuo, como si hubieran pasado en vano los años sin haber aprendido nada de las prácticas enseñanzas de la vida. ¡Y cuán necesaria es la enmienda! Después de haber sufrido honda crisis, llega nuestra España en su labor reconstitutiva á un punto en que necesita de todas sus fuerzas y del esfuerzo de todos sus hijos. Mirad la desorientación arriba sobre gravísimos problemas, la intranquilidad abajo, el malestar que producen actuaciones contrarias sobre el espíritu popular, cierta inobservancia de la ley en todos los órdenes, autoridades vacilantes y débiles que á muchos inspiran menosprecio, todos aquellos síntomas que en la historia de los pueblos se presentan, anunciando ó preparando sacudidas violentas, que llevan aparejada la vileza de las dictaduras ó la ruina y el cieno de las demagogias.

En tales circunstancias es triste ver que se renuncia por muchos á la propia vida, que en los pueblos es la tradición, y al alma propia, que en España es la Religión católica, buscando soluciones á todos los problemas en un ideal negativo, ó sea en la destrucción de toda influencia de la Reli-

gión en la vida pública y colectiva de la sociedad. ¿No es esto gravísimo mal, cuyo triunfo ataría de pies y manos al noble pueblo español, para entregarle débil y oprimido, falto de bienes temporales y de energías espirituales, á merced de extrañas ambiciones?

A nuestro juicio, este es el mayor daño que en general padece la sociedad moderna. "Continúan—decía en ocasión para Nós memorable Su Santidad Pío X, de santa memoria—para la Iglesia tiempos difíciles, viéndonos obligados á sostener ataques continuos de los que niegan la soberanía social de Dios ó expulsan la Religión de la vida pública" (1), y el Papa, felizmente reinante, Benedicto XV, antes de analizar las causas del inmenso duelo que hoy aflige á la humanidad, las sintetiza en un solo pensamiento y una afirmación única, que es la "de que se han dejado de aplicar en el gobierno de los Estados las normas y las prácticas de la sabiduría cristiana" (2). La guerra contra estos eternos principios acumulará en lo por venir grandes ruinas sobre los pueblos, y ella puede considerarse, además, como el origen de la actual luctuosísima guerra europea.

---

(1) Alloc. S. S. Pii Papae X in Consist., 25 Mai, 1914.

(2) Encyc. *Ad Beatissimi Apostolorum*: traducción oficial.

Objeto de la presente carta.

Ante tan terminantes enseñanzas, nuestra obra de cimentación tiene un objeto claro, concreto, preciso é inconfundible: señalar primeramente la naturaleza, la tendencia y los errores de ese propósito impío, que, con el nombre de laicismo, pretende, algunas veces hasta desde las alturas del Poder, desnaturalizar la vida nacional española, y, en consecuencia, despertar y avivar el instinto de conservación del pueblo católico, recabando su actividad consciente, enérgica y perseverante. Hemos de hacer un llamamiento á los que actúan en la vida pública; á los que, por causas injustificables, viven retraídos; á cuantos albergan sentimientos de fe y de Patria; porque, entre los males que nos afligen y nos amenazan, ninguno será tan irreparable y tan funesto como esa separación, ese divorcio moral, ese desconocimiento afectado de la Iglesia católica, de su actividad social, de sus derechos sobre los ciudadanos, de su personalidad jurídica, independiente de todo poder humano, en que pretende envolverse el laicismo moderno, hoy lenta y solapadamente, para correr mañana á banderas desplegadas, contradiciendo el espíritu de nuestra raza, nuestras tradiciones seculares, violando las leyes históricas, preparando la ruina del mundo moral y la apostasía oficial y pública de las mismas leyes divinas.

Otra consideración apremia nuestro ánimo, y excitará singularmente el celo de nuestro Clero, y es que la lucha que el laicismo sostiene contra la Iglesia católica siempre produce víctimas inocentes. Antes que se extinga el espíritu católico en España será preciso que el Catolicismo pase un duro calvario y que vaya dejando á uno y otro lado del camino tristes despojos, las almas débiles que sufren naufragio en la fe cuando, habiendo soñado en un perpetuo Tabor, sienten en sus sienes las espinas punzantes y en su cuerpo ajado, el martirio de la Cruz; almas confiadas á nuestra solicitud pastoral, y que quisiéramos ver congregadas á nuestro alrededor en el día de las eternas justicias; almas que no serán arrebatadas á Cristo por el vicio de las pasiones, sino por flaqueza humana, por la eficacia de ejemplos perversos de incredulidad, porque se creó para ellas un ambiente social y público, en el que se asfixia y sucumbe el espíritu de los humildes, los desheredados de la instrucción y del saber, que no tienen otro criterio de verdad que la conducta de aquellos á quienes la Providencia concediera dotes superiores para el régimen y gobierno de las multitudes.

II

Origen del laicismo.

Entendemos que al insano propósito de excluir la Iglesia católica de toda influencia en el Poder público y en la vida social bien puede señalársele como origen científico el racionalismo y el positivismo, y que está bien expresado por los nombres de anticlericalismo ó laicismo del Estado; pero sucede que esas perversas teorías científicas han invadido á los Estados católicos, donde, de otra suerte, errores tan monstruosos no hubieran encontrado cordial acogida, disfrazando ó negando su origen, mutilando algunas ramas que más ponían al descubierto los vicios del árbol y seduciendo con vanas apariencias á hombres públicos de indudables prestigios, de cuya rectitud de intención nadie podía sospechar. Si aquí combatiéramos alguno de esos errores científicos que tienden á excluir á la Iglesia de toda intervención en la vida pública, esos mismos hombres, y aun gran parte de los fieles, creerían que tratábamos una cues-

tión académica, bien enmarcada en un Ateneo, mas no un asunto práctico de inmediatas consecuencias, que á todos grandemente interesa. Y, sin embargo, de la existencia del error y de que el propósito se está reduciendo á la práctica por hombres que todavía profesan la Religión católica, nadie puede dudar, como pocos dudan ya entre los católicos, de que esa orientación es mala y lleva aparejada la total ruina de nuestra Patria. Fijémonos, pues, primero, en analizar el hecho, después en el ropaje con que se disfraza para hermanarlo con la profesión católica, y, últimamente, en señalar los más apremiantes deberes que nos incumben para rechazar totalmente tan grave daño.

El laicismo en los individuos y en el Estado.

El laicismo, en las naciones católicas, no es teóricamente racionalista, ni ateo, ni materialistas; los laicistas ó anticlericales no han frecuentado las escuelas heréticas; muchos, ó no conocen los principios doctrinales de la falsa filosofía ó no los abarcan en sus lógicas consecuencias. Mas no importa que se desconozca el positivismo y sus diversos sistemas si aquél se respira en la atmósfera, en la novela, en el periódico, en las instituciones y en las costumbres, en la orientación que señalan ciertas leyes y en la facilidad con que los poderosos ó los astutos quebrantan ó atropellan la justicia. Así po-

demos admirar en un zafiro mentor de reuniones de *club* un perfecto positivista á lo Comte ó Bentham, que se contenta con ser llamado anticlerical y tal vez, á ratos, católico, porque existe en él una gran dosis de ignorancia religiosa.

Para ser anticlerical ó laicista no hace falta conocer la Iglesia, ni su Religión divina, ni la misión del sacerdocio, ni el orden sobrenatural, ni la vida que la gracia infunde en las almas. Basta con saber que ante las demasías de un Poder político absorbente y avasallador existe una Iglesia, que pronuncia el *non licet* de la justicia contra la tiranía; que existe el sacerdote, que en todas partes, con dudosa eficacia, pero con entereza y pertinaz constancia, señala los abusos de los opresores del pueblo; que la mundana bacanal es turbada por los severos hábitos de penitentes religiosos, predicadores con la palabra del ejemplo, cuya silueta parece en el mundo el dedo de Dios, señalando la patria de las almas, para que se abomine de todo esto, de la Iglesia y del sacerdote y de los Religiosos, no por lucha ó contradicción de principios, ni de ideas, ni de sistemas ó formas de gobierno, sino por oposición de almas y de espíritus, por acciones opuestas, por costumbres antitéticas, por un sentimiento de rebeldía contra un orden moral que condena su formación y su modo de vivir; porque no viene á ser otra cosa el anticlericalismo de muchos, y no tiene de suyo más bagaje

doctoral: una negación más ó menos absoluta de los derechos de la Religión en la vida pública y una afirmación de odio contra la Iglesia que las representa y los mantiene.

Así el anticlericalismo transige con una Iglesia hecha á su manera, con un sacerdocio formado según sus aficiones y gustos, mitad sacerdote, mitad laico; con religiosos de clausura, con Monasterios recluídos en la soledad de los desiertos, y estas transacciones y aquellos sentimientos y propósitos son lo que, con el nombre de voluntad nacional, de sentimientos populares y de ansias y anhelos de libertad pública, recogen algunos hombres de Estado que á sí mismos se llaman anticlericales, y aquellos que, no compartiéndolos, créenlos atendibles, preocupado su ánimo y debilitadas sus convicciones religiosas por un absurdo eclecticismo, que quiere poner al mismo nivel la Iglesia católica, la más grande institución de la tierra, con las exigencias injustas de una minoría turbulenta.

Una tesis laicista contra la doctrina verdadera.

Vamos á examinar el especioso medio con que se quiere cohonestar esta conducta, y vamos á hacerlo con toda amplitud, porque, teniendo algo de verdad, á muchos engaña. "La Religión—dicen—es algo distinto de la Iglesia y aun superior á ella, y bien pueden conservarse los bienes de jus-

ticia y moralidad que aquélla entraña, prescindiendo de la Iglesia católica." A lo cual Nós oponemos que la distinción de concepto que existe entre Religión verdadera é Iglesia católica no basta para que se las pueda realmente separar, y afirmamos rotundamente que si el Estado, con el pretexto de que la Religión es algo distinto de la Iglesia, pretende excluir á ésta y conservar aquélla, se quedará sin las dos, como se pierde la idea y el sentimiento de Dios en un deísmo espiritualista que renuncia á toda religión positiva, como se pierde la ley moral cuando se ha perdido á Dios, como se pierde la noción del deber cuando se pierde la ley moral objetiva.

El hombre es radicalmente incapaz de ser para sí mismo su ley, su moral, su religión y su Iglesia. La Iglesia y la Religión católicas son una misma cosa en concreto, no sólo como personalidad jurídica sino también por conveniencia de la naturaleza humana que Jesucristo hubo de tener presente al predicar su divina Religión. Todos los bienes que en ésta se encierran, por la Iglesia se nos conceden; sólo que su acción en el individuo y en la sociedad es lenta, y, en su mayor parte, secreta, como la acción de Dios por medio de la gracia y de su bendita Providencia. Por eso muchos hombres que sólo miran la corteza de las cosas, ó no saben remontarse al origen y á su causa, se encuentran en medio de una civilización cristiana, gozando de progresos mo-

rales que son fundamento de la dignidad y de la paz pública, sin las cuales es imposible una ordenada vida, y, lejos de reconocerlo como fruto precioso de la constante y amorosa labor de esa institución admirable que preside el correr de los siglos, aún la vilipendian y la creen rémora del progreso y enemiga de la dignidad humana.

Jesucristo identifica la Religión con una Iglesia perpetua.

La identidad entre la Iglesia y la Religión revelada por Cristo es de una evidencia abrumadora en las páginas sagradas. Toda la razón de ser de la Iglesia consiste en ser una prolongación de la misión de Cristo en la tierra, y una forma concreta y visible de su divino apostolado, y una perpetuidad de su acción salvadora. Si la Religión cristiana es un conjunto de verdades que el hombre no pudo jamás alcanzar sin un magisterio, para las generaciones posteriores á Cristo, éste dijo á sus Apóstoles: "Enseñad á todas las gentes y vuestra enseñanza engendrará la fe, y el que os resistiere, se condenará." Si la Religión cristiana es una potestad de dirigir y gobernar á los hombres, conduciéndoles por el camino que lleva á Dios, Cristo es el camino y nadie va al Padre si no es por El, y la Iglesia es la que conduce los hombres á Cristo: "Apacienta á mis ovejas y á mis corderos—decía á San Pedro—; el que no

os oye, el que os desprecia, á Mí desoye y me desprecia; tenedle por gentil y publicano", repitió á los Apóstoles; esto es: por separado del Dios vivo que Cristo manifestó á los hombres. Si la Religión es una potestad de administrar las gracias que transforman á los hombres en hijos de Dios y robustecen el espíritu para trabajar la propia santificación, á sus Apóstoles decía Jesús: "Haced esto en memoria mía; bautizad, perdonad los pecados." Por último: si considerada en su fin, y aun en todo su conjunto la Religión cristiana, es la gloria de Dios por la redención de los hombres, que Cristo consumó con una sola oblación, aplicar su eficacia divina es potestad exclusiva de la Iglesia, á quien Cristo la entrega por el símbolo de las llaves del Cielo, y todo esto, y con toda su plenitud, desde aquel día de Pentecostés hasta la consumación de los siglos, porque hasta entonces, es decir, siempre, estará Cristo con la Iglesia.

La Religión es doctrina y es vida: necesaria conveniencia de una Iglesia.

Al separar la Religión de la Iglesia, se mutila la Religión y se la comprende sólo á medias, puesto que se la considera como un conjunto de verdades especulativas, como un sistema para explicar á Dios y al hombre y las relaciones que unen al hombre

con Dios; en una palabra: como una doctrina. La Religión es esencialmente algo más; es una vida, y una regla y norma de vida, que tiene su principio en el entendimiento, pero que baja al corazón y le mueve y le impulsa á la acción, á la práctica del bien, informando la vida interior y los actos externos, elementos de las costumbres. De ahí que los buenos cristianos, los perfectos, los justos, son llamados hombres de vida interior, y la oración y la práctica del amor de Dios, vida del espíritu. Porque así como la inteligencia de la verdad es vida del entendimiento, en el orden sobrenatural, el conocimiento y el amor de Dios, verdad absoluta y bien supremo, son la vida del alma, y á la suprema revelación de Dios, que es Jesucristo, el Verbo hecho carne, se le llama por antonomasia la vida y causa de la vida en los hombres. Por eso Jesucristo dijo que el conocimiento de Dios es la vida eterna y que El había venido al mundo para que los hombres tuvieran vida y la tuvieran abundante.

Ahora bien: una manifestación uniforme de vida en muchos hombres les une por la identidad de actos, por la identidad del principio que les informa, por la unidad del fin á que aspiran, y eso es una sociedad que brota lógicamente de la revelación de una Religión, y que, si ha de ser durable, requiere la existencia de una autoridad que mantenga la unidad de principios que le dieron el ser, y la pureza del fin propuesto

que le informa, y los lazos de vida que unen á sus miembros. Esa autoridad es Jesucristo, cabeza suprema de los que creen en El, y esa autoridad, por la voluntad de Cristo, que ningún hombre podía suplantar ó usurpar, es la Iglesia católica, á quien confió la misión de engendrar la vida por la predicación de la doctrina que, por la gracia de Cristo, produce la adhesión, y el amor, que es la suprema manifestación de la vida. En cambio, la Religión católica, sin el culto externo, sin lazos visibles, sin virtudes prácticas, sin signos sensibles, sin autoridad que todo lo presida, es una mera doctrina especulativa, un sistema abandonado á las disputas de los hombres, propicio á las audacias del escepticismo y de la duda, condenado á la infecundidad y á la muerte.

La Religión sin la Iglesia, muere; el protestantismo y el cisma de Rusia: deducción práctica.

Para dar una forma más concreta á estas ideas, podemos decir que separar la Religión de la Iglesia es lo mismo que si separamos la humanidad del hombre, el entendimiento y la idea, la voluntad y el querer. La idea responde á una realidad fuera del entendimiento; el bien y el querer son algo distinto de la voluntad; la verdad y el bien son algo objetivo, son fuerzas positivas; pero ¿habría algo más inerte y más estéril que la verdad y el bien sin una inteligencia y un corazón?

Las verdades religiosas, el conjunto de enseñanzas sobrenaturales sobre Dios y el hombre, sobre la vida futura, el código de la moral cristiana, las mismas inspiraciones divinas, gracias que concede Dios al hombre, separadas de la Iglesia y entregadas á la humanidad, son á manera de tesoro lanzado al fondo del mar y como simiente que cae envuelta en el polvo del camino, que toda planta huella. Ahí está la Religión católica hace veinte siglos: cualquiera institución humana pudo apropiarse todo su valor científico, todo su valor moral, para formar y dirigir las almas; cien veces se intentó y jamás dió los frutos que le son naturales; la Religión, separada de la Iglesia, es como la rama separada del árbol, como el sarmiento que se separa de la vid. como el hombre que se aparta de Cristo. La Religión es la fuerza invisible y la Iglesia es el organismo visible. La Religión es el espíritu y el alma de Cristo, desposado y unido eternamente con su Iglesia. La Religión sin organismo siempre sería una fuerza espiritual inmensa, pero perdida y extraviada en el tiempo y el espacio. La Iglesia, considerada sólo como organismo, sería un cuerpo sin alma; unidas, forman la esposa de Cristo, radiante de hermosura, más que la primera mujer al salir del costado de Adán. Cristo la eligió por su esposa, y el Sacramento que consagra el amor humano no es otra cosa que pálida imagen del amor perenne con que

Cristo ama á su Iglesia. Sus místicos desposorios fueron sellados con la sangre del Cordero, y en ella la Iglesia lavó toda mancha y se revistió del ornamento de toda belleza; la Iglesia es la imagen viva de Cristo. y por ella, los hombres de todas las generaciones aprenden á conocerle y amarle. La Religión cristiana, en el orden meramente especulativo, es siempre un monumento que supera toda admiración, pero sin vida, semejante en esto á los monumentos, que respetó el tiempo, de otras civilizaciones muertas.

El conocimiento y el amor de esa Religión no pueden contenerse en los linderos de abstracciones metafísicas, y han de tener un término concreto, que es Cristo. y Cristo vive en su Iglesia de tal suerte, que una sola es la vida de ambos; por eso la Religión cristiana, que es vida del espíritu, no vive separada de la Iglesia católica, y el que dice profesar la Religión cristiana y finge desconocer á la Iglesia, por ese solo hecho extingue toda vida sobrenatural en su alma. Esta consiste en ser participantes de Cristo, y la condición indispensable para retenerla es guardar firme hasta el fin el principio de la substancia de El (1). Creemos que el principio de su substancia es la Caridad, que une al Padre y al Hijo y se difunde en nuestros corazones por el Espíritu Santo, á modo de una segunda y

(1) Vid *Epist. ad Hebr.*, III, 14.

más perfecta vida de las almas, cuando la Iglesia le invoca eficazmente, extendiendo sus manos puras sobre nuestra cabeza humillada.

Una religión sin iglesia produce el protestantismo. Una iglesia visible, sin el espíritu de Cristo, engendra el cisma de Rusia: ambos ensayos están condenados á la esterilidad religiosa; el primero termina en una negación; el segundo, en las fronteras nacionales. Ninguno de los dos ha podido conservar la independencia y la soberanía espiritual de la Jerarquía, garantía indispensable de una sana libertad para las almas. En los tiempos modernos, todo ensayo de Religión cristiana sin Iglesia católica, ó es un acto de inconsciencia ó es una perfidia, que descorrerá el velo que esconde sus propósitos cuando tenga la seguridad de que es fuerte para matar toda religión en las almas.

III

El disfraz del laicismo. — Dolorosos ejemplos de intolerancia laicista.

Para llevar á cabo la separación entre la Religión y la Iglesia, el disfraz de la acción antirreligiosa es la *tolerancia,* palabra que puede expresar una virtud y hasta algo necesario para la mutua convivencia humana, pero que, en realidad, es una tergiversación, y, en labios laicistas, una corrupción, para disimular los propósitos verdaderos. La tolerancia laica en los Estados católicos suele ser una dura intolerancia sectaria, que lleva en su seno el germen del menosprecio á la Religión, del desconocimiento de Dios y del odio á la Iglesia. El Poder público, en las naciones católicas, concretándonos á Europa, ejercita la tolerancia y promulga sus leyes para proteger la irreligión, el escepticismo ó el ateísmo, con el pretexto de asegurar la libertad de conciencia contra pretendidos ataques de la Religión católica. ¡Como si las creencias de la inmensa mayoría de los

ciudadanos católicos no tuviera, cuando menos, el mismo derecho de encontrar en el Poder público de la nación apoyo y garantías de pacífica existencia!

Véanse algunos ejemplos de ese modo singular de entender la tolerancia. Si un puñado de incrédulos rechaza la celebración de algún acto religioso, el Estado acuerda suprimirla; si rehuye el matrimonio canónico, establece obligatorio el matrimonio civil; si los impíos no quieren que se les entierre en lugar sagrado, ó la Iglesia no lo permite, trata de suprimir los cementerios católicos; si algunos alumnos de las escuelas oficiales no quieren matricularse en la asignatura de Religión y Moral, declara libre esa asignatura; si estorba el juramento en los Tribunales, lo suprime, y así, poco á poco, en nombre de la tolerancia, se establece la intolerancia contra los católicos y la protección y el fomento de la impiedad. La libertad de opinión, los derechos del hombre, la omnipotencia del Estado, la supremacía del Poder civil, el estatismo más absurdo, son palabras altisonantes, hueras, para seducir multitudes: en el fondo sólo se trata de excluir á la Iglesia de la vida pública.

El ejemplo de Francia ha sido funesto para las naciones latinas. En ese desdichado país, cuyas huellas servilmente siguen otros, la tolerancia ha tomado la forma de persecución violenta, y no ya sólo contra el catolicismo y la Iglesia, sino contra los

mismos católicos, sometiéndoles á una vigilancia molesta, excluyéndoles de los cargos públicos, estableciendo en el país, donde se promulgaron *los derechos del hombre*, los delitos de opinión y de opinión religiosa, como si fuera un crimen el profesar la ley de Cristo.

Durante mucho tiempo se ha pretendido enseñar al pueblo que del liberalismo nacían todas las libertades individuales; mas hoy el feroz estatismo de una República ha demostrado que ese género de libertad, nacido del contubernio entre la demagogia y la impiedad, fautores de todas las modernas revoluciones, es un mito; que sólo queda de ella el nombre, y que éste sirve de bandera para encubrir los crímenes de la ambición desenfrenada, que erige al Estado en Dios y señor omnipotente, ante quien se ofrecen en holocausto vidas y haciendas, libertad y conciencia. ¿En qué se distingue el absolutismo de un Rey del imperio brutal de ciertas oligarquías, si no es en que éstas lo agravan, añadiendo á la opresión la hipocresía, el engaño y la seducción de las muchedumbres?

Falsos principios de tolerancia laica.

Si analizamos el fundamento y los móviles del Estado para secularizar la vida pública, encontraremos que para nada tiene en cuenta la distinción entre la verdad y el error, y en seguida incurre en la contradicción de querer imponer sus opiniones,

su sistema negativo, á los ciudadanos, poniendo al servicio de esta obra destructora todos los resortes del poder. Nada hay tan íntimo como el sentimiento y el deseo de aumentar la libertad, y nada tan peligroso como la conquista y el ejercicio de la misma. El subjetivismo filosófico, que llegó á confundir la libertad con la independencia, se ha infiltrado en las venas del Estado, y no se contenta éste ya con ser soberano, con ser independiente de toda otra soberanía en el orden en que él la ejercita, sino que aspira á sujetarlo y dominarlo todo, á constituirse en fuente y origen de todo derecho, juez inapelable de todo litigio, centro único de toda actividad y poder, verdadero monstruo en cuyas manos sucumbe el poder del Clero, considerado como una clase social, de la aristocracia, de la clase media, del mismo pueblo, cuya soberanía reconoció nominalmente por el sufragio universal; por fin, á sus manos morirá, no en las del socialismo, el capitalismo moderno. Estamos, pues, en presencia de una monstruosa concepción del Estado y de una desmedida ambición de poder, que no tiene ya otro adversario que la Iglesia católica.

El mundo oyó con escándalo que un rey había dicho: *El Estado soy yo*, y después de revoluciones sangrientas, que se llevaron á cabo para impedir que esta frase soberbia pudiera decirse otra vez con verdad, se ha dicho en un Parlamento republicano, y con referencia al partido que usufructua-

ba el poder, para vergüenza y escarnio de los derechos de ciudadanía: "La República somos nosotros y nosotros solos." Falta añadir que el Estado, República ó Monarquía, lo es todo, aunque este postulado resulte siempre indemostrable y mucho más si se pronuncia frente á la verdad religiosa. La Iglesia católica es la verdad sobrenatural por el mismo Jesucristo socialmente organizada, de tal suerte, que aun sus mismos adversarios le reconocen la supremacía entre todas las Sociedades religiosas.

Cómo el laicismo niega la solidaridad entre el pasado y el presente.

Sólo el que desconozca el hecho secular de la existencia de la Iglesia católica puede decir que la intervención de la Iglesia en la vida pública es una intromisión abusiva. El que considere los problemas modernos sobre la cultura y el trabajo, la asociación y la enseñanza, la renovación ó destrucción de instituciones tradicionales como hechos aislados, creerá que totalmente y únicamente caen bajo la acción del poder civil. Mas pensará de distinta manera el que sepa relacionar los hechos sociales modernos, las afirmaciones y las negaciones que las engendraron, las escuelas que lanzaron el germen de la duda, las teorías metafísicas que le dieron abrigo, los hombres públicos que fomentaron el desarrollo del árbol maldito en el corazón de los pueblos; porque la

historia dice á quienquiera, que los hechos de hoy fueron un día negaciones religiosas, rebeldías contra la autoridad espiritual, herejías y cismas que han tomado forma y vida social, gangrenando las entrañas de las naciones, y que la razón, y la prudencia, y el deseo de remedio y de acierto piden á voz en grito la intervención de la Iglesia, de la potestad espiritual, para que impida la inminente catástrofe é influya en los hechos que en el día se producen revestidos de formas, al parecer, meramente sociales y políticas, pero que en realidad y en los pueblos católicos son el fruto de una inmensa apostasía.

Los hombres que se precien de leales en sus procedimientos, no repetirán la vieja consigna que recluía al sacerdote en la sacristía. Comprenderán que todas las instituciones seculares tienen su parte en las instituciones nuevas; que en la historia de los pueblos hay dos manifestaciones de vida que marchan paralelas: la política, en su más alta significación, y la religión, si hoy aquélla, informada por un espíritu de satánica rebeldía contra el orden religioso, quiere prevalecer, impidiendo ó destruyendo totalmente la acción espiritual, llevaría en su empeño su castigo, pues se privaría de una fuerza que, puesta dentro de un bien ordenado mecanismo social, había de ser garantía de la solidez y estabilidad de una evolución que se quiere sea transcendental.

LO QUE SERÁ EL LAICISMO EN ESPAÑA.—EL ESTADO LAICO Y LA VOLUNTAD NACIONAL.

Sería un optimismo malsano, después de lo que vemos en otras naciones, creer que el laicismo se había de contentar con esa labor negativa, con el simple desconocimiento de la Iglesia católica. Creemos, por el contrario, que con la especiosa fórmula de que el Estado con su laicismo sólo quiere defender su soberanía y la libertad religiosa de sus súbditos, la Iglesia sería acusada y víctima á la vez, puesto que la nueva tolerancia civil y la libertad de cultos son los primeros pasos de la persecución religiosa. El fin á que se tiende, aunque no de todos advertido, es suprimir el catolicismo y luego suprimir á Dios, porque la creencia en El es recuerdo perenne del deber, y éste es el único obstáculo firme con que tropiezan las revoluciones.

Esta convicción nuestra nace del estudio del hombre y de la historia contemporánea. Suele ser toda transacción el primer paso del vencimiento de quien transigió; si éste fué el error, venció la verdad; si fué la verdad, preparó el triunfo el error; si transigió la virtud, se abrieron las puertas al vicio. Las pasiones triunfan en el hombre cuando éste les hace alguna concesión; si aquéllas ven cerradas las puertas á toda esperanza, se rinden humilladas. Mas siempre el que por necesidad transige, lo hace con dolor. El Estado oficialmente católico cede los de-

rechos del catolicismo á las exigencias de la impiedad, sin amarlos y estimarlos en lo que son, y, por tanto, sin tener más que un derecho nominal á representarlos; por eso la tolerancia con las sectas ó con los incrédulos se practica suprimiendo ó cercenando la vida religiosa.

Confirma nuestro parecer la consideración de que entre nosotros existe la tolerancia de hecho y de derecho; que una bien entendida libertad religiosa á nadie se niega en España; que es calumniosa la especie de que la Iglesia pretenda imponer á nadie su fe, de cuya esencia es que se acepte, no por vejámenes é imposiciones, sino por acto libre de la voluntad. Tampoco sancionaría nunca la potestad espiritual que el Estado coaccionase la voluntad de los que se acogen á nuestra siempre hidalga hospitalidad, como pretenden los sectarios excluir de nuestro territorio á los religiosos extranjeros; pero ¿por qué en nombre de la tolerancia y de la libertad se pretende destruir nuestra constitución interna, en cuya defensa sí que se advierte alguna vez, frente á poderes extraños, dejación y abandono de soberanía, y violentar, además, y cercenar la libertad religiosa de la inmensa mayoría de la nación? Eso sería, llevado á la práctica, gobernar contra la ley y contra el pueblo, estableciendo un dualismo entre la nación y el Estado é imponiendo el parecer personal ó la doctrina de una secta, y haciéndolo prevalecer con evidente abuso

de autoridad contra el querer de todo un pueblo católico, ya que de la fe católica forma parte la creencia en el dogma de la institución divina de la Iglesia como sociedad pública, externa, perfecta.

Derechos y deberes del Estado sobre tolerancia.—Bienes sociales y políticos que nacen de la unidad religiosa.

No queremos que el Estado tiranice las conciencias, ni aun en pro de la verdad, que no necesita ni quiere tales medios; pero sabemos que la unidad religiosa es un bien público, es fundamento de paz y elemento de progreso nacional. El Estado que no tenga esta unidad será parco en dictar leyes que tiendan á buscarla, favorecerá la honestidad de las costumbres públicas y amparará la ordenada propaganda y difusión de la buena doctrina. Pero el Estado católico, que está en posesión de esa unidad religiosa, moral y jurídicamente tendrá el estricto deber, no sólo para con Dios, sino también para la sociedad que rige, de conservarla, de promoverla, y, muy singularmente, de defenderla contra las seducciones de apóstatas é impíos que traten de arrebatar la verdad de las almas de los hijos del pueblo, á quienes un sofisma ó un hecho mal interpretado puede parecer argumento irrebatible, contra el cual aparecen indefensos. *El nombre de Dios*—decía la Santidad de León XIII—*debe ser santo para*

los Príncipes, y entre sus principales obligaciones está la de amar la Religión, protegerla con benevolencia, defenderla con la autoridad é imperio de las leyes y no decretar y establecer nada que le sea contrario. Ello es, por otra parte, debido á los pueblos que gobiernan (1).

El castigo de la impiedad, de la propaganda impía, no lo pedimos como si se tratara de un mero delito de opinión; para toda conciencia, nuestro más sincero respeto. Pedimos el castigo de la propaganda impía, como se pide el castigo de un ladrón; porque si éste perturba el orden, que se cifra en el respeto á la propiedad ajena, el otro roba la verdad, que es patrimonio santo de las almas, y perturba la unidad religiosa, que es el mayor bien de los pueblos que la poseen é ideal á que deben aspirar los que se ven privados de ella. Por donde el Estado, que, excediendo los límites de una tolerancia á veces necesaria, que siempre de suyo presupone un mal, coloca los resortes del poder al amparo y estímulo de la incredulidad, hiere de un golpe dos grandes bienes, el temporal y el eterno; porque al conculcar la Religión quebranta la unidad social, y realiza una labor antipatriótica al introducir la desunión y hasta la oposición en punto tan trascendental para los ciudadanos, como son las creencias y los deberes religiosos. Comete además un pecado público en la forma en

(1) Encyc. *Immortale Dei.*

que pueden delinquir los Poderes públicos, pecado que no queda sin castigo, que no ha quedado oculto en la historia, en la que aparecen derribados, destruídos, olvidados para las generaciones que les sucedieron, pueblos un día grandes y poderosos que hicieron traición á la verdad y renegaron de su misión histórica.

Tal vez ningún país del mundo ha sido hasta el presente tan fiel á esta misión como España; ejemplo insigne de fortaleza de alma, de íntima posesión de la verdad, de adhesión á la Iglesia Católica, mientras toda inteligencia vacilaba, mientras las naciones veían ensangrentado su suelo por guerras religiosas. En esta fidelidad de España ciframos nuestra gloria y nuestra esperanza. En todo pecho español el amor á la Religión y á la Patria son de suyo inseparables, crecen ó decaen proporcionalmente, y vienen á encontrarse en el amor á la Iglesia y en el amor á Dios. Por eso en fecha reciente un puñado de españoles, que hacían alarde de haberse extinguido en su pecho toda creencia, pasearon por Europa denigrando y escarneciendo á la madre Patria, coreados por apaches que arrastraban por los suelos la bandera española.

Por último, el Estado que prescinde de la Religión y de la Iglesia, del dogma y de la moral y el culto en el régimen del pueblo; el Estado que, en vez de hombres, sólo quiere ver ciudadanos, toma los hombres á medias y se priva de una gran escuela de ciudadanía,

como lo son las leyes informadas por la moral católica, por una religión que podíamos llamar social, sin la cual las constituciones políticas y las leyes que las desenvuelven son un mero mecanismo jurídico, un vínculo externo, una autoridad consentida, que sólo se apoya en la fuerza bruta, á quien faltan los prestigios del origen divino del poder y el honor que le presta la obediencia, nacida á impulsos de un deber interno que radica en la conciencia. Hoy día creemos que el laicismo puro es un retraso científico y un signo de incapacidad en el hombre de Estado que lo sostiene, porque arguye desconocimiento del valor social de la Religión.

El materialismo y el positivismo podrán servir á los ambiciosos para escalar el Poder; pero no servirán nunca al gobernante, pues no se conoce todavía al que haya encontrado la fórmula que sustituya á Dios en la sociedad, y sin Dios no se puede gobernar. Hablar de la necesidad de secularizar la vida pública en nombre del progreso de los pueblos, nos parece además una impostura, ya que los pueblos más sólidamente afianzados en el camino de su engrandecimiento son profundamente religiosos, cristianos y poseedores inconscientes ó ingratos de la civilización católica. También esos pueblos se dejaron fascinar por la fosforescencia de teorías de psicología religiosa, más brillantes que bien cimentadas; también la persecución se vistió con el manto de libertad

y tolerancia; pero el Kulturkampf y otros similares pasaron para no volver más, y esos pueblos, si temen por su porvenir, no es ciertamente á causa de sus ciudadanos creyentes, sino por el ejército de socialistas y anarquistas que alentó la incredulidad, primero en contra de la Religión, después en contra de la autoridad y de la Patria.

Recuerden esto los príncipes y los que gobiernan los pueblos—dice nuestro amadísimo Padre Benedicto XV—, *y consideren si es prudente y saludable consejo, tanto para el Poder público como para los ciudadanos, apartarse de la santa religión de Jesucristo, que tanta fuerza y consistencia presta á la humana autoridad. Mediten, una y otra vez, si es medida de sabia política querer prescindir de la doctrina del Evangelio y de la Iglesia en el mantenimiento del orden social y en la pública instrucción de la juventud. Harto nos demuestra la experiencia que la autoridad de los hombres perece allí donde la religión es desterrada. Suele de hecho acontecer á las naciones lo que acaeció á nuestro primer padre al punto que hubo pecado. Así como en éste, apenas la voluntad se hubo apartado de la de Dios, las pasiones desenfrenadas rechazaron el imperio de la voluntad, así también, cuando los que gobiernan los Estados desprecian la autoridad de Dios, suelen los pueblos burlarse de la de ellos. Les queda, es verdad, la fuerza, y de ella acostumbran usar para sofocar las rebeliones; pero ¿con qué provecho? Por la*

violencia se sujetan los cuerpos, mas no los espíritus (1).

El pueblo español ¿despertará?

Es sumamente expuesto á grave mal teorizar libremente sobre ideas y deberes religiosos; pero es crimen indigno crear conflictos con miras ambiciosas, desentenderse de la realidad é inventar calumnias, explotar las pasiones populares, aventar creencias y producir incendios en un país como España, religioso, culto, antiguo dominador del mundo, que sabe hermanar la soberanía con la humildad, que por lo mismo tiene el oído atento á toda palabra meditada y sabia, donde más y mejor que la tolerancia civil la caridad cristiana establece una convivencia fraternal que permite pacíficas discrepancias y oposiciones irreductibles en todo aquello que Dios entregó á las disputas de los hombres. El pueblo español es fiero guardador de sus creencias, de sus tradiciones religiosas y patrióticas, de su amor á Cristo y á su Iglesia, de quien recibió la nacionalidad, la cristiana monarquía, las libres instituciones populares, la inspiración artística, el progreso científico, el aliento conquistador, el ideal perenne, la afirmación de la propia personalidad y la esperanza de una resurrección cuando quiera levantarse y oponerse á esa minoría audaz, influyente y casi domina-

(1) Encyc. *Ad beatissimi.*

dora que sueña con hundir la España heroica y tiene la soberbia de creer que hará surgir una España nueva. No esperamos nunca que del exceso del mal saldría el bien. Pero si alguien se durmió al arrullo de esta idea, las olas ya nos inundan; hora es ya de despertar.

IV

La supremacía civil del Estado degenera en tiranía.

De cuanto va dicho se desprende que el laicismo, informando al Estado, es substancialmente opuesto al catolicismo, puesto que, partiendo de la negación de un dogma fundamental del cristianismo, como es la institución divina de la Iglesia, le niega toda personalidad, todo derecho público y externo, toda actividad social, el ejercicio de su libertad, y últimamente impide, en cuanto de él depende, el fin y la razón de ser de la misma Iglesia, que es la salvación de las almas. El laicismo es el medio más eficaz para eliminar y destruir el catolicismo en los pueblos, que es la finalidad última á que aspiran los enemigos del orden sobrenatural. Por lo visto, al Estado moderno todo le es lícito, y envuelto en esa túnica cesarista, que llaman la supremacía civil, amenaza de un golpe todas las más santas libertades; pero el Estado, además de una concepción jurídica y de un conjunto de poderes sobe-

ranos, en concreto lo forman una serie de organismos político-jurídicos, administrativos, servidos por hombres que, elevados al ejercicio del poder por los votos de la mayoría de los ciudadanos de quienes toma toda su realidad, se desentienden en las alturas de toda obligación respecto de los mismos y convierten en provecho de dichos organismos lo que debía ceder en bien de la nación.

La afirmación de esta independencia absoluta conduce al Estado á las más absurdas negaciones. Afirma su independencia de toda ley eterna y niega el orden sobrenatural é impide que el pueblo, en virtud de una revelación divina, reconozca la soberanía social de Dios y de su Verbo encarnado; afirma su independencia de toda Religión positiva, y niega principalmente los derechos de la Iglesia. El Estado se declara independiente de toda ley natural, y niega los derechos que la naturaleza atribuye á la familia, independiente de la voluntad nacional y del mismo pueblo de quien recibió inmediatamente los títulos de su poder, y limita y condiciona de tal manera las libertades públicas y los burlados derechos del hombre, que el mismo individuo desaparece absorbido por la colectividad, mejor dicho, por una organización que se llama Estado moderno ó á la moderna, mil veces más tiránica que cualquier forma pasada del absolutismo, porque no tiene tan siquiera el contrapeso de las multitudes, que hoy, en-

gañadas por el socialismo, le ayudan en contra del capitalismo y en daño propio, preparando ese estado social que sólo tendrá un amo, dueño y señor absoluto de vidas y haciendas, el Estado, á cuyos pies gemirá un pueblo esclavizado, irredimible. A esto conduce la supremacía civil que pregonan ciertos políticos y cuya entraña consiste en negar toda dependencia suya y todo derecho que le sea extraño: el Estado principio, fuente y origen de todo.

La primera víctima: avances solapados.

Aplicada esta absurda manera de ejercer la soberanía al orden religioso, la Iglesia es primera víctima, tal vez la única víctima, porque las falsas religiones no han sido celosas de su independencia frente al poder civil; éste no se contenta con menos que la destrucción de la Iglesia. Para eso en las naciones católicas procede solapadamente, paso á paso y con cautela, para no inspirar recelos ni levantar protestas airadas, empleando, si es preciso, el engaño y la perfidia. La historia moderna de las naciones latinas es una prueba concluyente de esta conducta, y los mismos laicistas, conseguido su propósito, han escarnecido á los católicos vencidos y humillados, poniendo de relieve su inexplicable credulidad cuando les hablaban de paz y tolerancia. Por desgracia nuestra, también entre nosotros se ha sentado ya la doctrina laicista, aspirando á im-

plantarla desde el Poder con la rapidez que permitan las circunstancias, por los modos y procedimientos que se crean más adecuaros, hasta conseguir el fin concreto y predeterminado de anular á la Iglesia católica y suprimir, por tanto, el catolicismo en España.

Si os hemos de hablar con toda claridad y entereza apostólica, deseando que nadie sufra molestia por ello, estos propósitos que parecen utópicos en un país católico y constitucional, donde el Poder habrá de tener en cuenta el sentir y el pensar de la mayoría de los ciudadanos, no lo son, sin embargo, porque Gobiernos que se dicen católicos van preparándoles el camino con nuevas disposiciones que dicen ser inofensivas, pero que en realidad lesionan la instrucción y educación cristiana de la juventud, la constitución y desarrollo de los derechos de la familia, el derecho de asociación para los fines religiosos, la menguada propiedad de las Corporaciones y entidades católicas, la beneficencia pública, las manifestaciones del culto, la libertad de la palabra evangélica, y todo esto sin otra razón y motivo que acallar los injustificados requerimientos de una insignificante minoría, más ó menos incrédula, pero anticristiana al fin, que ha hecho de todas estas cuestiones bandera política, y arrastra en pos de sí hombres débiles, jugando torpemente con las creencias y la libertad religiosa de un pueblo grande.

Mientras algunos hombres de Estado se

ocupan en estas hazañas ingloriosas, el pueblo ve desatendidas muchas de sus graves necesidades, no se oyen sus clamores y cunde un malestar tan hondo, que de día en día va preparándose más y mejor para recibir el impulso que quieran imprimirle los fautores de agitaciones y revueltas. Así, una fingida cuestión religiosa, artificiosamente creada, se convierte en positivo daño para la paz pública y, por ende, para la Patria.

El deber de resistir.

Conviene que mediten en esta gravísima situación, que han creado á España el odio de las sectas y nuestra apatía, cuantos amen á la Religión y á la Patria, y singularmente los que más se distinguen en su amor á Cristo y á la Iglesia. Nós cumplimos un sagrado deber, señalando los peligros y recordando enseñanzas para recabar la atención y la acción de todos; no como pudiera creerse sólo en favor de la Iglesia, ni mucho menos por ansias de dominación, como calumniosamente nos imputan nuestros adversarios, sino por amor á la verdad, para que reine entre nosotros la paz, base del engrandecimiento de los pueblos, para que España siga fiel á su vocasión y misión histórica, para que en el mar de la impiedad oficial no naufraguen las almas, y porque entre los poderes civiles de la tierra, rota y quebrantada la perfecta armonía con la potestad religiosa, anhelamos por uno que sirva de ins-

trumento á la divina Providencia para afirmar en la tierra la soberanía social de Jesucristo y servir de ejemplo y norte el día de las grandes conversiones, cuando Dios decida que vuelvan todas las cosas á El, compadecido de la mayor de las miserias humanas, que es haberle olvidado. Ningún pueblo de la tierra tan digno por su lealtad en la fe como el pueblo español para merecer ese honor y conquistar tamaña gloria.

La Iglesia, pues, no necesita de nuestra defensa para cumplir su misión esencial, porque tiene en sus entrañas principios de vida que burlan los lazos de muerte que le tienden sus enemigos; somos nosotros los que tenemos deberes sacratísimos que cumplir por nuestro carácter de católicos, y al defender la doctrina de la verdad y la libertad de la potestad que salva las almas, no hacemos otra cosa que defender nuestra fe y la libertad de nuestras conciencias, la pureza de las costumbres públicas y la formación de las generaciones venideras.

La más eficaz resistencia.

Y puestos á cumplir deberes, el que más nos interesa es nuestra propia santificación. El mayor servicio que la generalidad de los hombres puede prestar á su país, es ser buenos, justos y amantes de su prójimo; y, como la Iglesia católica es la más alta escuela de perfecta ciudadanía, los católicos harán honor á su fe siendo espejo de virtudes cí-

vicas en el respeto y acatamiento á la autoridad, en el cumplimiento de las leyes y en la entereza y constancia en confesar públicamente á Cristo, á cualquier costa. Los que estudian la psicología de las multitudes observan que el valor moral ha sufrido enorme depresión, y esto no puede tener otra primera causa que la falta de convicciones ó de firmeza en las mismas, que es la base del carácter, por relajación de las creencias, por un falso concepto de la vida y de su valor: porque á fuerza de progresos materiales nos encorvamos hacia la tierra y no levantamos los ojos á Dios, principio de toda nuestra elevación, ni pensamos en nuestros eternos destinos, cuya idea fija en el alma comunica firmeza á nuestros actos, haciéndonos entender que tienen un valor real ante Dios y para el bien público el espíritu de abnegación y el sacrificio, el apreciar en su justa medida los bienes materiales que en tanto tienen razón de bien en cuanto son medios para conseguir la vida eterna, que es Dios, principio y fin de toda nuestra vida.

Es necesario mantener con Dios y acrecentar diariamente la comunicación por medio de la oración, en la que se forman los entendimientos rectos y los corazones puros para el acertado gobierno de nosotros mismos. La Iglesia pide insistentemente para sus hijos dos sentimientos que son los polos de la vida cristiana: el temor y el amor. Dios gobierna y dirige las almas que están sólidamente edificadas en el amor; y la razón

filosófica de aquella petición está en que el principio de la sabiduría es el temor de Dios, porque el saludable temor es el primer conocimiento de Dios y camino que conduce al amor, en el que reside la plenitud de la sabiduría: aquél conoce de veras á Dios que le ama, y más perfectamente le conoce quien más le ama. El conocimiento de Dios sin amor es una idea estéril, que está lindante con la duda y la negación. Y así vemos hombres que creen en Dios, sin que esta creencia influya para nada en sus costumbres. La idea de Dios se perfecciona en el alma por la voluntad recta, y todo el fin de la ley revelada es la caridad. La caridad es la reina de las virtudes, y virtud eminentemente social. La caridad es fuerte, y el que no la posee carece del valor moral en sus grados heroicos, es remiso en el cumplimiento de sus deberes privados, y flojo y abandonado, débil y cobarde ante sus enemigos.

Absurda separación entre el hombre público y el privado.

Es difícil que el hombre confiese su cobardía, y para contrarrestar la oposición que en no pocos se advierte entre su conducta pública y sus convicciones religiosas más íntimas se ha inventado una teoría que podríamos llamar del *hombre doble*, comodín de los cobardes en confesar á Cristo, que pretende ver en un solo individuo dos hom-

bres: el creyente y el ciudadano. Nos parece fuera de toda duda que en el individuo hay aspectos distintos que engendran distintas obligaciones, y así hablamos rectamente de los deberes públicos y privados de un mismo individuo. Pero establecer una distinción entre los deberes substanciales del hombre privado y del hombre público, y hasta una oposición, es una negación del hombre. Y llamamos deberes substanciales á todos los que nacen de la ley natural, de la ley moral, del orden jurídico y por ende de la ley religiosa, que es el compendio de todos estos deberes, su perfección y su virtud y eficacia para cumplirlos. Un francmasón, un incrédulo podrá decir, anunciando una norma y una ley de conducta, que la política no reconoce la justicia. Pero un cristiano en todo momento y en cualquier estado debe ser justo. Los ciudadanos son hombres y lo son siempre, singularmente en el carácter de cooperadores de Dios, para realizar el orden moral, no sólo en sí mismos, sino respecto de sus semejantes en el orden público y social, del cual siempre recibe cada uno más que da, por muy diligente que sea en su trabajo, porque es Dios quien lo fecunda y engrandece por el bien de todos. Nadie podrá señalar el momento ni la cuantía de este intercambio de bienes entre el individuo y la sociedad, mas nadie podrá negar su existencia, y, por tanto, la repercusión que tienen para el orden y bienestar públicos los actos individuales y cuánto influya la perfección

pública, por decirlo así, de los individuos para el progreso de la sociedad.

La familia perece á manos del laicismo: Jesucristo la salva.

El ascenso ó descenso de la sociedad, la grandeza ó decadencia de las naciones depende esencialmente de la solidez con que en ellas está constituída la familia. Toda obra de reconstitución social habrá de dirigir su mirada, sus más solícitos cuidados, á la constitución de la familia. Estas verdades, que no sólo la razón natural, sino la experiencia, ha puesto en evidencia esplendorosa, se olvidan con frecuencia, y el Estado laico las desconoce; pues así como deprime y empequeñece al ciudadano, desposeyéndolo del carácter de religioso, así quiere secularizar la familia, con lo que va directamente á la destrucción del hogar doméstico por el amor libre.

El Estado quiere en esto enmendar la plana á Dios y pretende absorber y aniquilar ese reducto sagrado, donde se mantiene siempre el núcleo de las resistencias que han de hacer rodar por los suelos las ambiciones cesaristas. Tales y tantos han sido los ataques que de Satanás ha merecido la familia, que sin la elevación religiosa que le prestó Cristo Jesús, sin esa coraza de santidad con que la abroqueló, cien veces hubiera sido herida de muerte y apenas habría un rincón de la tierra donde se cumpliera el principio

que garantiza la dignidad del amor conyugal: *uno con una y para siempre*. Los españoles, en quienes están hondamente arraigados, y con lozana vida, los afectos al hogar doméstico, han de tener muy presente que cuanto se haga contra la santidad del matrimonio va directamente contra aquel principio fundamental, relaja los vínculos de la familia é impide sus frutos naturales. Si las demasías del Estado laico son imposibles cuando tienen enfrente hombres de firmes creencias religiosas, que afirman fieramente su personalidad y la manifiestan con la energía de su carácter, esta clase de hombres no se formarán de ordinario sino en el hogar doméstico. En la formación y conservación de los castizos hogares españoles deben los fieles trabajar con ahinco, que también en esto se favorece ó perjudica á la Religión y á la Patria, y será gran hombre social aquel que haya construído su hogar sobre la base eterna del Sacramento de Cristo, símbolo de su amor á la Iglesia, que pone valla infranqueable á los más bajos instintos, que espiritualiza la misma carne, que santifica el amor natural, que abre nuevas fuentes al amor contra el cansancio y la tornadiza voluntad humana, que cimenta la autoridad paterna y ennoblece la mujer con esa aureola de reina que llamamos la maternidad cristiana, que funda la primera escuela y el primer templo de la niñez, que perpetúa las patrias tradiciones y es cuna de las libertades públicas, y fragua del amor

patrio, y primer peldaño de la escalera que conduce los hombres á Dios y á la eterna posesión de su reino.

La secularización del matrimonio es un gravísimo atentado del poder político contra el poder religioso y el camino que más de prisa conduce á la barbarie. La afirmación católica sobre el matrimonio es edificadora de la familia y de la sociedad, de consecuencias prácticas é inmediatas, que señalan una orientación fija á los católicos en la solución de los problemas sociales. La afirmación laica del matrimonio es destrucción de la familia y favorece los intentos del socialismo, debilita la nación, es retardatoria de todo progreso é impide y dificulta toda obra sólida en la sociedad, porque toda institución que no se funda en la perfección individual y familiar es edificio deleznable, como todo lo que se levanta sobre movediza arena.

V

Por qué la nación no resiste eficazmente al laicismo.

Apena el alma contemplar cuánto se ha adelantado en este camino de muerte y cómo estamos en presencia de un peligro de antagonismo y de oposición y diversidad entre el Estado y el pueblo. Resistir á esa nueva forma que se intenta por algunos imprimir á la nación española, infiltrar en las venas del Estado la savia religiosa que circula por todas las venas de la nación, ó sucumbir: he aquí el problema, y todo el problema, que han de resolver los católicos de acción.

En esta empresa lo primero que salta á la vista es la desigualdad de los que luchan. El laicismo está, social y políticamente, organizado con alguna falta de unidad, pero con la mira puesta en destruir la Religión de Jesucristo bajo la dirección única de la secta masónica, que aporta á los anticlericales de España toda su influencia y poder internacional. En cambio, para la defensa

de la Religión católica, el pueblo español, cuya fe religiosa es proverbial en el mundo, contempla cómo una minoría sectaria echa suertes sobre sus destinos, y se ve impotente, incapaz de contrarrestar tanta audacia, porque el laicismo ha envenenado ya los organismos del Estado, y el pueblo católico social y políticamente no es una unidad orgánica, es una multitud, un conglomerado, como granos de arena que, siendo infinitos, toda planta huella y toda ola cubre. En ninguna parte encontraréis rastros de su actividad, no señalaréis una obra social ó política, un monumento del que podáis decir: esa es la obra del pueblo católico.

Las inteligencias privilegiadas que se ponen á su servicio, los corazones que se prestan á sacrificarse por él, no hallan la realidad en parte alguna; su voz no encuentra eco, su actividad resulta estéril, porque se desenvuelve en la soledad. Buscad al pueblo católico en las urnas y no le hallaréis; en vano le buscaréis en los organismos que las necesidades de la industria y del comercio crearon, porque allí hay hombres, ciudadanos, industriales ó comerciantes; pero pueblo católico, no. Buscadle en las alturas donde se promulgan y desde donde se han de hacer cumplir las leyes, donde se imprime fuerza y dirección á las energías de la colectividad, donde pueden respetarse ó quebrantarse las tradiciones de un pueblo, continuar su historia ó hundirle en el abismo, y hallaréis hombres de diver-

sos partidos, representantes de ideas distintas, de pasiones y de intereses encontrados, pero un núcleo suficiente por el número para representar al pueblo, no; porque la mayor parte fueron elevados al rango de legisladores y directores de la sociedad por una inmensa muchedumbre de católicos, mas no lo fueron por el pueblo católico, que sólo existe en lo social y político como un ente de razón, como una ilusión engañadora, de la que sólo queda el nombre y nada más. Por eso muchos legisladores y gobernantes, cuando tratan de asuntos que repercuten en las ideas y sentimientos religiosos del pueblo, lo hacen indelicadamente y sin respeto. Tal vez al golpe de la tosca mano, que así maltrata las fibras más delicadas del corazón cristiano, saltan chispas de indignación y de protesta como de pedernal herido. Mas ¿qué importan al osado profanador? Si en el pueblo católico existiera unidad, un solo pensamiento y un solo corazón, al sentirse herido por mano aleve, lanzaría rayos que abatirían las orgullosas cumbres. Hoy la paz interior de las naciones depende en gran parte del pueblo. *Si éste se mueve dirigido por agitadores que buscan la satisfacción de sus apetitos más que el bien común, la acción popular será perturbadora; mas si es dirigido por los altos principios de la religión y la justicia, será la columna más firme del progreso social* (1). Dados los senti-

(1) Alloc. Pii X, 25 Maii 1914.

mientos del pueblo español, nuestro principal deber es organizarle para unificar la acción.

Esa unidad consoladora la hemos visto en momentos difíciles para nuestra Patria, y la impiedad detuvo ante ella su marcha.

Mas fué en momentos de febril exaltación, á impulso de enormes y despiadadas sacudidas, que para ser del todo eficaces no encontraron un cauce; fueron á modo de avalanchas inundadoras; pero la salvación y la salud de un pueblo no debe fiarse á exaltaciones transitorias, que no pueden ser el estado normal de una sociedad, y que, lejos de aumentar, enervan quizá las fuerzas colectivas. Cuando, pasada la fiebre, los capitanes de esas muchedumbres se presentan ante los que quisieron tiranizarlas, para pedir justicia y libertad, sucede á veces que al volver la vista se encuentran solos.

Estas quejas nuestras sobre la falta de pueblo católico socialmente organizado no deben confundirse con ciertos clamores que por muchos se lanzan contra la clase popular. No puede pedirse, y, por tanto, no se debe pedir al pueblo que enseñe y dirija en los arduos problemas que sólo el recto criterio del gobernante puede resolver sobre la guerra ó la paz, el tecnicismo de la enseñanza, la organización de los cuerpos sociales, las relaciones con los demás países; que pedir eso es vicio ya crónico, que no dió jamás solución concreta y acertada. El pueblo, en estos casos, no puede dar lo que no

tiene. Pero al presente, la cuestión que se debate es en sí misma popular. El lenguaje de Jesucristo lo entendieron siempre las turbas; las sublimidades del Evangelio hasta la cumbre de la santidad la entendieron y la practicaron pastores y aldeanos; el sentimiento que hieren los impíos es vivo y universal, y bien pudiera ser universal y colectiva la resistencia. En otros órdenes de la vida, la intervención del pueblo suele degenerar en oligarquía ó demagogia; para la defensa del orden cristiano caben muy bien democracia y jerarquía.

Universalidad del deber de intervenir en la cosa pública; dos escollos: la mayor dificultad y la esperanza de superarla.

Síguese de ahí la gravísima obligación que pesa sobre todos los católicos de intervenir en la cosa pública, de formar parte de organismos sociales y políticos para hacer eficaz y seguro el ejercicio de sus derechos de ciudadanía, sin que, por lo general, nadie pueda eximirse de esta carga, ya que permanecer pasivo ó indiferente es hacerse reo de traición á la Religión y á la Patria.

Esta obligación de defender la libertad de la Iglesia en las naciones, las verdaderas relaciones entre el Poder público y religioso, que han de ser siempre de paz y concordia, de mutua inteligencia, no puede refundirse en la misma Iglesia, pues ésta ni crea par-

tidos políticos ni confunde su causa con la de ninguna forma de gobierno. Ella es una forma universal que ha de encerrar en su seno una variedad inmensa y deja á la voluntad y al juicio de los hombres la determinación de los medios más conducentes en cada país para realizar el fin de la convivencia humana.

En el cumplimiento de este deber hay dos escollos igualmente perniciosos que conviene evitar á toda costa. Uno es el de aquellos que confunden la Religión y la Iglesia con la política; otro el de los que totalmente las separan. Los primeros cometen un grave abuso y empequeñecen una gran causa; los otros no distan mucho del error de los laicistas, que quieren recluir la Religión al interior de las conciencias.

La doctrina cierta es que la política y la Religión son cosas distintas, pero que aquélla debe estar subordinada á ésta en la misma proporción y medida que el fin general del Estado está subordinado al fin de la Iglesia; que esta subordinación tiene dos aspectos: uno meramente negativo, en cuanto de ninguna manera se debe impedir el fin religioso, y otro de positiva cooperación, de reconocimiento de superioridad de la Iglesia en aquellas cosas que llamamos político-religiosas, porque participan de la naturaleza de las dos é interesa mucho al bien de las almas que se resuelvan en uno ú otro sentido, y, por tanto, no pueden serle indiferentes á la Iglesia.

La honesta diversidad de pareceres, la misma lícita oposición entre católicos en puntos que afectan á la cosa pública y al mejor modo de llevarlos á feliz término, deben cesar cuando peligra la Religión ó la Patria, pues entonces, como un solo hombre, deben todos aplicarse al remedio, acallar toda diversidad, para que se oiga una sola voz de mando y se unifique la acción salvadora. Gran responsabilidad tendrán delante de Dios los que por su talento y sus virtudes ocupan lugar privilegiado en la dirección de las muchedumbres que les siguen, y creemos que de la conducta de todos emitirá severo juicio la Historia; porque muchos están dispuestos á sacrificios heroicos por la Religión y no quieren acallar por algún tiempo simples afectos humanos, muy dignos y muy respetables, pero que estorban al triunfo de Dios en la sociedad. No sin dolor de nuestro ánimo, con toda parsimonia hemos señalado este deber de la unión, que cuanto más se desea más se aleja, porque no perdemos la esperanza de verla realizada. Para ella una sola cosa nos parece necesaria y ella basta, y es que sólo los que tienen autoridad y competencia traten de ella, imponiendo silencio á los que por su impericia ó por su apasionamiento, si ponen su mano en esta herida que sufren los católicos españoles, más la enconan.

VI

La justicia y el amor, fin primero de la acción social católica.

Con preferencia á la acción política, en la que todos deben intervenir según sus aptitudes ó por el ejercicio de sus derechos políticos, debe marchar la acción social de los católicos en cuanto se aplica á mejorar ó renovar las instituciones sociales, crear otras nuevas, intervenir en las cuestiones obreras, fomentar la legislación social, favorecer los institutos de previsión ó auxilio; en una palabra, en cuanto debe conducir á cimentar la sociedad sobre dos grandes pilares: la justicia y el amor.

La Iglesia contempla ese vasto campo por donde pasó la revolución, dejando huellas que el tiempo no basta á borrar, donde crecieron sistemas funestos de economía política, que paulatinamente se van rectificando, donde el hombre enemigo sembró la cizaña del odio contra Dios y su Iglesia. Y, sin embargo, ninguna institución se ha aplicado con tanto ahinco á remediar estos males;

nadie ha sentido con tan profundo dolor las miserias de los humildes, de los pobres, como la Iglesia católica. Eso que llaman el problema social, no es de hoy ni de ayer, es de siempre, porque en este incesante caminar de la humanidad hacia su perfección, nadie puede cambiar la naturaleza de las cosas y de los hombres; pero cabe disminuir el mal, cabe en muchos casos suprimirlo, como se extinguió la esclavitud por obra y virtud de la Iglesia; cabe adaptar el espíritu del hombre para afrontar el mal inevitable con resignación, con valor y con eficacia para transformarlo en bien, dignificando el trabajo y santificando el dolor que insistente nos está diciendo que no es la tierra nuestra mansión permanente y que sólo en Dios hallaremos la paz, el bienestar y la felicidad. Fija la vista siempre en esta finalidad, la Iglesia no descuida lo que se refiere á la vida terrestre y mortal en presencia de los problemas que, planteados por gravísimos trastornos, estudia la economía política; no se contenta con señalar el camino que conduce á la salvación, sino que aplica con su mano el remedio á la herida.

Todos sienten los dolores del mal: los ricos sufren el hastío del placer y el cansancio de la vida de la materia; los pobres tienen hambre y sed de justicia: unos y otros no encontrarán el remedio sino en la fuente del amor. La divina revelación nos dijo que la justicia eleva y dignifica á los pueblos, y cumplimiento de esta ley de la

justicia, su perfección es la ley de la caridad. Cuando los pueblos caigan por su miseria ó al peso de su grandeza, únicamente podrá salvarles aquel que bien les ame, y amor es sacrificio, y nadie se ha sacrificado tanto por los hombres, ni está tan pronta á toda ulterior abnegación como la Iglesia, heredera de aquel sublime principio de acción que nos legara Cristo Jesús, gran Conquistador de corazones: Nadie ama más que quien da la vida por los que ama. No existirá acción católica digna de este nombre, si no puede llevar con honor escritos en su bandera los nombres de Justicia y Caridad.

Orientación doctrinal y práctica de nuestra acción.

Los católicos de acción no pueden tropezar con dificultades serias en los principios doctrinales: las dos Encíclicas de Su Santidad León XIII sobre la condición de los obreros (1891) y sobre la democracia (1901), son á manera de piedras angulares de la acción católica y dos como brazos gigantes que abrazan y encierran en un círculo de verdad todas las cuestiones sociales.

Una verdad elemental y fundamental es que el carácter distintivo de la acción social debe ser el católico. La mejora material no es para nosotros un fin; y si lo es, en cuanto objeto de la economía política y social, está subordinado á otro fin superior, al fin moral y religioso, á la perfección de

las almas. La paz y el bienestar social no radican tanto en el aumento de bienes materiales como en la recta educación moral de las multitudes. La riqueza temporal es compatible con la miseria moral, que es la mayor desgracia de los individuos y de las naciones. *No ceséis jamás de repetir*—decía Su Santidad Pío X á este propósito—*que si el Papa ama y aprueba las Asociaciones católicas que tienen por objeto el bien material, ha enseñado siempre que el bien religioso y moral debe tener en ellas la preferencia, y que á la justa y laudable intención de mejorar la suerte del obrero y del aldeano es preciso unir siempre el amor á la justicia y el uso de medios legítimos para mantener entre las diversas clases sociales la armonía y la paz* (1).

De ahí que todas las instituciones sociales que, obedeciendo á la necesidad de nuestros tiempos, se formen para encontrar alivio y remedio á las demás condiciones en que se desarrolla la vida del proletariado, no sólo han de buscar mejoras materiales y el engrandecimiento de la profesión que ejerzan sus miembros, sino que han de actuar constantemente como corporaciones católicas, y, por tanto, cuidando de infiltrar en las costumbres la doctrina moral de la Iglesia, defendiendo los sanos principios de la necesidad de la perfección individual, de la santidad de la familia, del respeto de la

(1) Alloc. cit., 28 Maii 1914.

propiedad, de la autoridad pública y de la recta constitución de los Estados; distinguiéndose de otras agrupaciones análogas, que dicen buscar la mejora del obrero, en cuanto á la substancia y en cuanto á los modos para merecer la cooperación de todas las clases sociales, para que se vea que el obrero católico no procede á impulsos de pasiones violentas, destructoras del orden y enemigas de todo bien, sino informado por un espíritu de justicia, usando de los medios lícitos de reivindicación de sus derechos en la medida que la necesidad exija, colaborando á la constitución de la sociedad moderna sobre la inconmovible base de la justicia social, coronada é informada toda por los dulces efluvios de la caridad cristiana, que extiende sus dominios allá donde la estricta justicia no alcanza.

Necesidad urgente de la organización corporativa. Acción obrera y patronal en la sindicación.

Es de urgente necesidad que los obreros constituyan Sindicatos profesionales, sin que á nadie arredre el nombre que ha conquistado ya en el uso convencional una significación concreta. El Sindicato, la Corporación profesional, es la dignidad del trabajo y del trabajador; tiene un fin económico y moral, y además un fin altamente social, pues reconstruirá la sociedad, hoy desquiciada por el liberalismo individualista. Llámense unio-

nes profesionales, agrupaciones por oficios, reunión de clases, el nombre poco importa; constitúyanse según la doctrina de la Iglesia, y esas fuerzas serán el factor más principal del triunfo de Jesucristo en las almas y en los pueblos. El éxito de estas organizaciones profesionales depende de su orientación y actuación y del auxilio que desinteresadamente le presten las clases pudientes y directoras, llenas de fe y confianza en el movimiento popular.

El obrero quiere ser instrumento de su propia perfección; quiere intervenir en los problemas que tan directamente le afectan; quiere conquistarse la parte que le corresponde en los bienes de la civilización y de la cultura, y este conjunto de voluntades es justo, como que está reducido y sintetizado por el derecho de afirmar y acrecentar la propia personalidad. Toca á los demás señalar doctrinalmente, con toda claridad, el fin económico, religioso y social de esta grande obra, los medios más á propósito para conseguirlo y el modo de aplicarlos con toda eficacia; pero la acción misma debe ser obrera. Decimos que toca á los demás, esto es, á los que tienen claro conocimiento de las cuestiones que se debaten y sienten en su corazón un amor decidido al pueblo, voluntad de sacrificarse por él, y un dolor profundo por sus males, semejante al que hizo exclamar á Jesús: *Misereor super turbam.*

Sería gran torpeza introducir en el cam-

po social, con miras interesadas, las divisiones de la política; toda entidad profesional así formada llevaría en su seno el germen de la esterilidad y de la muerte. En cambio, la afirmación de catolicismo debe ser en toda la acción social de los católicos diáfana, íntegra y pura, y la subordinación á la autoridad eclesiástica, perfecta, leal y sincera; porque no hay que olvidar que remediar los males económicos del proletariado no es curar la raíz del mal que, en su origen y en su esencia, proviene de la civilización anticristiana, del olvido de Dios y de la opresión en que vive sumida en los Estados modernos la Iglesia católica. De no hacerlo así, caeríamos en el vicio que tratamos de combatir, que es el laicismo y la secularización de la vida, y serían nuestras obras perfectamente inútiles para establecer en la sociedad el orden cristiano que debe totalmente informarla. Queremos insistir en la demostración de esta verdad.

Subordinación de la acción social á la autoridad de la Iglesia.

El éxito de la acción social católica depende, en gran parte, de la subordinación de ésta á la autoridad de la Iglesia, esto es, á la dirección y á los mandatos é instrucciones de la Santa Sede y los Obispos. Esta subordinación la reclaman, en primer lugar, los sanos principios de la economía

social y política, ya que será siempre una verdad que las leyes naturales é históricas, á que obedecen las sociedades, ó deben obedecer, para el desenvolvimiento y progreso de su acción, tienen una manifiesta relación de subordinación y dependencia á principios superiores de orden ético y moral, que en los pueblos cristianos han de ser según la Religión católica é informados y determinados por el orden sobrenatural. Creemos que la acción social católica no puede tener otro fundamento sólido, ni de más ancha base que la Teología. Igualmente exige esta subordinación el fin que debe perseguir todo hombre al querer resolver los problemas sociales de actualidad, y, por títulos especiales, el católico de acción. Este, si busca el mejoramiento de alguna clase social, el bienestar económico, la satisfacción de las necesidades de la vida, no lo busca como un fin último, que eso sería invertir los términos, sino como un medio para santificar las almas, purificar las costumbres y asentar el reino de Dios en la tierra.

Finalmente: la índole de las cuestiones que hacen necesaria la acción perseverante y abnegada de los católicos, reclama la sumisión á la autoridad de la Iglesia; porque, aun siendo muchas de ellas de carácter temporal, que permiten cierta libertad é independencia en su desenvolvimiento, están, sin embargo, íntimamente unidas con la Religión, y no se resolverán bien si

se prescinde en absoluto de la autoridad religiosa. Añádase á esto que la acción social, que pregonan muchas escuelas, lleva marcado el sello de anticatolicismo y de impiedad, de odio á Dios y de corrupción de las almas, y se comprenderá que hasta por una mera ley de táctica es imprescindible obligación de los católicos levantar la bandera del catolicismo en el campo social para fomentar los intereses materiales, al mismo tiempo y con el fin principal de aumentar la piedad, el amor á Dios y el triunfo de la justicia cristiana.

En conclusión: la misión de la Iglesia es salvar á los hombres. De ahí su admirable adaptación á los hombres de todos los países y de todos los tiempos. Cuando surge, como en los nuestros, una crisis que á todos afecta y dificulta ó impide esta misión salvadora, del seno de la Iglesia brotan nuevos elementos de vida, soluciones prácticas, concretas, y sería un contrasentido aplicar un caudal de doctrina, un cúmulo de soluciones católicas prescindiendo de la Iglesia y afectando desconocerla. Sería, además de ingratitud, un gravísimo error, de consecuencias fatales, el de aquellos católicos que, aceptando las doctrinas sociales de la Iglesia, creyesen caminar más desembarazados, más ágiles ó más de prisa, prescindiendo de la autoridad de la misma. Eso sería un funesto género de laicismo.

La Iglesia quiere estrechar entre sus brazos la acción social católica; mas no, como

calumniosamente vocean los adversarios, son los suyos brazos de hierro que oprimen, ni argollas de pesada servidumbre, sino brazos maternales que ansían ver á sus hijos en la plenitud del vigor y caminar por su paso por el áspero sendero que lleva al triunfo bajo la tutela de su mirada y de su amor de madre.

Eficacia de las obras de cultura.

Como la invasión de positivismo materialista es universal y los males de la sociedad, singularmente de la clase obrera, requieren solución pronta, universal y rápida debe ser la acción de los católicos, dando una capital importancia á las obras de cultura cristiana, á cuanto afecte á la enseñanza pública, á la formación de caracteres y de hombres de acción y de una conciencia popular instruída, vigorosa y operativa en orden á los derechos y deberes de las clases populares. Merecen nuestro especial afecto cuantas instituciones se dedican á la formación de hombres sociales, dando á estas palabras todo su valor, como recomendamos también las obras de Prensa y las editoriales católicas que están difundiendo en España, con tino y acierto, las obras de los más eminentes sociólogos cristianos.

Nós tenemos la convicción de que en esta obra de simultanear la cultura y la acción han de ser de indudable eficacia las Sema-

nas sociales, los Círculos de estudios, las Conferencias populares, las Asambleas y Congresos, los Círculos católicos, los Patronatos, las Casas de ejercicios para obreros, etc., etc. Quizá haya quien disienta en parte de este parecer en cuanto á algunas de las obras indicadas; pero, á nuestro humilde juicio, andarían equivocados, como aparece de la simple consideración de la naturaleza de estas obras y de los fines que pretenden conseguir. Deben ser estas reuniones extrañas á todo fin político; son por su naturaleza estudios teórico-prácticos, conductores de ideas, tribuna de maestros los más conspicuos y escuela superior de hombres ávidos de saber; sirven para conocer las necesidades de una región, su vida económica y social, sus instituciones, y son ambiente muy propicio para estudiar fácilmente el modo de adaptarlas al remedio de análogas necesidades en otras regiones. En ellas se crean y estrechan lazos de fraternidad y mutua correspondencia social; son á manera de bolsa de intercambio de valores intelectuales y morales, en la que todos salen gananciosos, porque el saber y las energías de uno se acrecientan y enriquecen con el saber y la energía de todos; deben ser, en una palabra, escuelas donde se formen católicos prácticos para responder á las necesidades nuevamente creadas.

Pero sucede que á esas reuniones acudimos ayunos ó mal preparados de estudio,

con dudosa rectitud de intención y faltos de propósitos claros y bien definidos; tal vez, en cambio, vamos cargados de esperanzas ilusorias. Medítese sobre todo esto; corríjanse los defectos de organización que nos ha descubierto la práctica, y estemos seguros de que la creación de Círculos, la frecuente celebración de reuniones sociales, los actos de propaganda, darán ópimos frutos para la difusión de la cultura, para la formación de hombres de acción y para la multiplicación del trabajo.

Coordinación y federación de obras.

Obra singular de multiplicación de energías es la solidaridad, la cooperación ó federación de muchas entidades que tienden á un mismo fin; y es de lamentar que, siendo esta verdad axiomática admitida por todos y habiéndose llevado á cabo grandes trabajos para verla realizada, especialmente después de las *Normas* sabiamente dictadas sobre este y otros particulares de acción católica y social por el Emmo. Cardenal Aguirre, se haya adelantado muy poco, á pesar de ser ardientemente pregonada y deseada. Nós abrigamos la esperanza de prestar nuestro concurso, atendiendo las enseñanzas de la experiencia, para obra tan necesaria; pero determinar el momento oportuno, más que de nuestro deseo vehemente, dependerá de los hechos y de la conducta que observen cuantos estén dis-

puestos á favorecer la universalidad y solidez de esta obra.

Necesidad de la acción política y de la social.

Por lo dicho podrá deducirse que en términos generales, y por razón de nuestro ministerio, Nós damos más importancia á la acción social que á la política. Ambas, sin embargo, las reputamos en la actualidad necesarias. De ahí que para cada caso concreto no podamos señalar antecedentemente preferencias; los individuos elegirán según su vocación y aptitudes. Dejemos principalmente, y ante todo sentado, que el cuerpo social yace enfermo: los que se apliquen á remediar alguno de sus organismos no deben inquietar á los que trabajan en campos distintos, sino estar todos atentos á su obra y subordinar siempre su acción, cuando el bien de la Religión lo exija, á las direcciones de la legítima Autoridad que tiene la misión de salvar los individuos y los pueblos.

Nuestra misión de paz.

Desde fines del siglo XIX una de las mayores y más definidas aspiraciones de los hombres es la paz, nacida de una reacción contra los tiempos calamitosos de revoluciones crónicas. Los hombres de ciencia la cimentaron en el culto de un humanismo

sentimental; los Estados la procuraron aumentando sus armamentos, sus alianzas y Tratados de amistad; los pacifistas difundieron ideas y sentimientos de fraternidad humana, celebraron Congresos y crearon un Tribunal de la paz, que tuvo el vicio de origen de haber alentado en su seno el odio de la fracmasonería contra la Iglesia, excluyendo de sus consejos al Papa, primer ordenador y pacificador de los espíritus. La guerra con todos sus horrores estalló contra la voluntad de todos.

Cuando termine esta guerra, y Dios haga que sea pronto, los problemas sociales, hoy acallados, surgirán por ventura más pujantes y agravados. La guerra internacional parece sólo un preludio de la guerra de clases; y si hoy los beligerantes procuran demostrar ante las naciones que dentro de la dura condición de la guerra son humanos, en la guerra social harán alarde de que son más crueles. Así el mundo clamará por la paz, y no la tendrá sino por la gracia de Jesús, que es nuestra paz y Autor y Príncipe de la paz, y por el ministerio de su Iglesia y la actuación de su doctrina.

Pidamos hoy instantemente al Señor que se apiade del mundo y que sirva de expiación por nuestros pecados tanta sangre inocente derramada, tanto dolor y tanta ruina como hoy sufren gran parte de la humanidad. Procuremos, además, realizar una obra permanente de paz, que haga imposible toda ulterior y más cruel guerra, afir-

mando y restaurando las verdades eternas en los individuos y en los pueblos, devolviéndolos á Jesucristo, que es el principio y el fin, nuestra salud y nuestra paz, y no hay otro alguno que pueda salvar á los hombres.

RESUMEN.

A conseguir este fin se encamina la acción social católica, y el resumen de sus deberes y aspiraciones, que hemos procurado apuntar tan sólo, nos lo ofreció Su Santidad Pío X (d. s. m.) en su admirable Encíclica *Il fermo proposito.*

"Juntar todas las fuerzas vivas para combatir por todo medio justo y legal la civilización anticristiana; reparar por todos los medios los desórdenes morales que de esa civilización se derivan; restaurar á Cristo Jesús en la escuela, en la familia, en la sociedad; restablecer el principio de la autoridad humana como representante de la de Dios; defender con decidido empeño los intereses de la clase popular, y, singularmente, de los operarios y labradores, no sólo inculcando en el corazón de cada uno los principios religiosos, único verdadero manantial de consolaciones en los trabajos de la vida, pero aun esforzándose en enjugar sus lágrimas, endulzar sus penas y mejorar su situación económica, merced á bien entendidas disposiciones; emplearse en hacer que las prescripciones públicas sean conformes á la jus-

ticia y en que se modifiquen ó deroguen las que le son contrarias; defender, por último, y sostener con espíritu verdaderamente católico los derechos de Dios en todas las cosas y los no menos sagrados de la Iglesia."

De la virtud de la obediencia y de la concordia de los ánimos.

En esta labor compleja en la que entran todos los órdenes de la vida, la vida social y los destinos del hombre, la unidad de acción centuplica el esfuerzo personal. Hoy que el propio parecer adquiere tanto imperio, que apenas hay dos que no disientan, esa unidad sólo puede producirla la autoridad y la humildad de una obediencia verdadera; que también hay una insubordinación y soberbia, una resistencia pasiva, que se reviste con la mansedumbre y el obsequio externo á la autoridad.

En la obediencia necesitamos acudir á las formas más sencillas. Como Jesús conocía á sus ovejas y éstas á El, así la Iglesia conoce á los suyos y sucede á Jesús en este conocimiento por la obediencia verdadera, que siempre va acompañada del amor, y éste no engaña. Para el buen obediente no es posible que la Iglesia, esto es, el Papa y los Obispos, la Iglesia docente, ponga todo su empeño en manifestar su voluntad y no lo consiga. El católico de acción cosechará más abundantes frutos de su tra-

bajo cuanto mayor y más puro sea su espíritu de obediencia, su piedad y devoción á la Sede Apostólica, al Romano Pontífice, á quien Cristo constituyó su Vicario, centro creador y conservador de la unidad de la fe, en la caridad, en el régimen para la salvación eterna de los hombres por la santificación de las almas.

No podemos terminar esta Carta ni aclarar mejor este punto sino sometiendo á vuestra reverente consideración las siguientes palabras de Su Santidad Benedicto XV:

Saben bien los enemigos de Dios y de la Iglesia que cualquiera disensión de los nuestros en la lucha es para ellos una victoria; por lo que, cuando ven á los católicos más unidos, entonces emplean la antigua táctica de sembrar astutamente la semilla de la discordia, esforzándose por deshacer la unión. ¡Ojalá que semejante táctica no les hubiese proporcionado tan frecuentemente el éxito apetecido, con tanto daño de la Religión! Así, pues, cuando la potestad legítima mandare algo, á nadie sea lícito quebrantar el precepto por la sola razón de que no lo aprueba, sino que todos sometan su parecer á la autoridad de aquel al cual están sujetos y le obedezcan por deber de conciencia. Igualmente, ninguna persona privada se tenga por maestro en la Iglesia, ya cuando publique libros ó periódicos, ya cuando pronuncie discursos en público. Saben todos á quién ha confiado Dios el magisterio de la Iglesia; á sólo és-

te, pues, se deje el derecho de hablar como le parezca y cuando quiera. Los demás tienen el deber de escucharle y obedecerle devotamente. Mas en aquellas cosas sobre las cuales, salva la fe y la disciplina, no habiendo emitido su juicio la Sede Apostólica, se puede disputar por ambas partes, á todos es lícito manifestar y defender lo que opinan. Pero en estas disputas húyase de toda intemperancia de lenguaje que pueda causar grave ofensa á la caridad. Cada uno defienda su opinión con libertad, pero con moderación, y no crea serle lícito, acusar á los contrarios, sólo por esta causa, de fe sospechosa ó de falta de disciplina.

Queremos también que los católicos se abstengan de usar aquellos apelativos que recientemente se han introducido para distinguir unos católicos de otros, y que los eviten, no sólo como innovaciones profanas de palabras, *que no están conformes con la verdad ni con la equidad, sino también porque de ahí se sigue grande perturbación y confusión entre los mismos. La fe católica es de tal índole y naturaleza, que nada se le puede añadir ni quitar: ó se profesa por entero ó se rechaza por entero.* Haec est fides catholica, quam nisi quisque fideliter firmiterque crediderit, salvus esse non poterit (1). *No hay, pues, necesidad de añadir calificativos para significar la profesión católica; bástele á cada uno esta profesión:*

(1) *Symb. Athanas.*

Cristiano es mi nombre, católico mi apellido; *procure tan sólo ser, en efecto, aquello que se dice.*

. . . . . .

Una cosa hay, sin embargo, que no debe pasarse en silencio, y es que queremos recordar á todos cuantos sacerdotes hay en el mundo, como hijos nuestros muy amados, que es absolutamente necesario, ya para su propia santificación, ya para el fruto del ministerio sagrado, que esté cada uno estrechamente unido y enteramente adicto á su propio Obispo. Por cierto que, como arriba deploramos, no todos los ministros del Santuario están libres de insubordinación y de independencia, tan corriente en estos tiempos; ni sucede rara vez á los Pastores de la Iglesia encontrar dolor y contradicción allí donde con derecho hubiesen esperado consuelo y ayuda.

. . . . . .

Añádase que ya es demasiado pesada la carga que llevan los Obispos, aun por la misma dificultad que ofrecen estos tiempos, y que es más grave todavía la ansiedad en que viven por la salud del rebaño que les ha sido confiado: Ipsi enim perviligant, quasi rationem pro animabus vestris reddituri (1). *¿No han de llamarse crueles los que, negando el obsequio debido, aumentan esta carga y esta ansiedad? Esto no os es conveniente, diría á los tales el Apóstol,*

(1) *Hebr.*, XII, 17.

porque Ecclesia est plebs sacerdoti adunata, et pastori suo grex adhaerens (1); *de lo cual se sigue que no está con la Iglesia aquel que no está con el Obispo.*

En estos sentimientos de paz y concordia, de sincera adhesión al Papa y á los Obispos, ciframos toda nuestra esperanza. Ellos serán para los católicos de acción prenda de victoria; para todos feliz disposición para recibir la gracia del Señor y acrecentar sus frutos de justicia y santidad en bien de la salvación de las almas.

Bendígaos á todos el Señor con abundancia de bendiciones del Cielo, en prenda de las cuales os enviamos amorosamente la nuestra en el nombre del Padre ✠ y del Hijo ✠ y del Espíritu Santo. ✠ Amén.

Dada en nuestro Palacio arzobispal de Toledo, firmada de nuestra mano, sellada con el mayor de nuestra dignidad y refrendada por nuestro Secretario de Cámara y gobierno, á veintinueve de Enero, fiesta de San Francisco de Sales, del año de mil novecientos quince.

† VICTORIANO, CARDENAL GUISASOLA Y MÉNDEZ, *arzobispo de Toledo.*

Por mandado de su eminencia reverendísima el Cardenal Arzobispo, mi señor, *Dr. Félix Bilbao y Ugarriza,* canónigo-secretario.

---

(1) S. Cypr., "Florentio cui et Puppiano ep. 66" (al 69).